

EFECTOS Y DESARROLLO DE LA PROMOCION HUMANA EN LA IGLESIA LATINOAMERICA

Héctor Fabio Henao*

1. UNA REFLEXION PASTORAL.

Para aproximarse a los efectos y desarrollo de la promoción humana hoy en la Iglesia Latinoamericana, es necesario enmarcar la reflexión dentro del proceso vivido por nuestros pueblos a lo largo de estos 500 años como un camino lleno de circunstancias y acontecimientos diversos pero siempre en avance. Se trata de recorrer una experiencia colectiva, más que un discurso o los avatares de una teoría.

En América Latina es necesario colocarse en el ámbito de la historia marcada por la unidad de este camino dentro de la diversidad de nuestros pueblos. Existen factores económicos, antropológicos, lingüísticos, etc que deben ser tenidos en cuenta cuando se plantea la acción de la promoción humana, o mejor la relación entre las comunidades cristianas y las situaciones sociales vividas a partir de la llegada del Evangelio al continente. Si se desconoce este factor se podría caer en una serie de abstracciones que impedirían descubrir la verdadera realidad de las comunidades cristianas hoy en América Latina y sus tomas de posición y actitudes frente al poder y a los retos de la vida social.

Antes de iniciar la exposición sobre el tema debo hacer dos aclaraciones: la primera es que no soy un experto en "Historia de la Iglesia en América Latina" y que si toco aspectos de esta historia es porque los considero útiles para crear el espacio necesario que nos conduzca al centro de este artículo que es la reflexión e interpretación sobre la promoción humana en el continente Latinoamericano. Ha sido necesario partir de los datos del proceso para poder analizar las posiciones y situaciones que hoy se viven frente a este tema y para mostrar la importancia del momento actual en la vida de la comunidad cristiana latinoamericana.

El segundo aspecto que me parece importante tocar antes de iniciar es el siguiente: no ha sido posible separar la alusión a los temas teológicos de los históricos y sociales durante esta reflexión. Cuando se habla de las posiciones y

* Doctor en ciencias sociales. Vicario episcopal para la pastoral social en la Arquidiócesis de Medellín, Colombia. Colombiano.

actitudes de una comunidad cristiana es muy difícil hacer de entrada una separación entre estos factores que están tan estrechamente ligados. Las circunstancias históricas de la explotación y la dominación están tan profundamente vinculadas a la historia de las comunidades cristianas en el continente latinoamericano que no sería posible hablar de la práctica de su fe sin hacer referencia a estas circunstancias.

Las ciencias sociales han hecho aportes muy importantes al análisis de las realidades que vive América Latina, pero mi experiencia como sociólogo y docente universitario en este campo es que estas ciencias no permiten siempre una adecuada comprensión de los problemas que vive nuestro pueblo. Por ello voy a abordar el tema no sólo desde el aspecto estrictamente científico sino desde el campo humano en el cual hoy se presenta una problemática a cuyo análisis puede aportar considerablemente la teología y la vida de la fe. Quiero decir con ello que ante todo trataré de compartir mi vivencia de Latinoamericano católico y de mi compromiso social con las comunidades más pobres en las cuales he aprendido una manera de ver la historia y la vida desde el punto de vista de la esperanza que nace del sufrimiento y del esfuerzo.

2. EL PROYECTO DE EXPANSION A TODO EL PLANETA

El 12 de octubre de 1492 Cristóbal Colón pisó una tierra nueva y desconocida para él y sus compañeros de viaje. Paradójicamente esa tierra no llevaría su nombre sino el del cartógrafo que diseñó su mapa. En ese momento se inició la gran aventura del hombre europeo que comienza a realizar un proyecto de expansión y hegemonía en todo el planeta. Este proyecto tuvo un carácter definitivamente económico: de ello da testimonio la capitulación firmada entre Colón y los Reyes de España en 1492, desde entonces la historia de América Latina está vinculada a occidente y a su sistema de producción capitalista. Por ello se introdujo la idea de que sólo se puede hacer historia si se entra en relación con occidente y nosotros aparecimos ante el resto del mundo identificados con una historia ajena y dependientes. El europeo pudo hablar de un descubrimiento que le permitía autoafirmarse y señalar su proyecto histórico.

Han transcurrido 500 años de divergir con respecto a los modelos importados por Europa, 500 años de inventar maneras de adaptar, enriquecer o hacer sincréticas las formas culturales traídas desde fuera. También en las comunidades cristianas este proceso se ha vivido en la religiosidad popular, en sus posiciones frente a los problemas de la injusticia y del desarraigo. La historia de estos 500 años ha estado marcada en este sentido por una polémica que todavía tiene sus implicaciones y que fue convocada por Carlos V para que dos célebres polemistas, Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda, expusieran y resolvieran ante la *Junta de los Catorce* el asunto de la identidad de los *indios*. Cabía la pregunta de si podían ser considerados verdaderamente hombres, si se podían incorporar a

la concepción occidental de hombre y a su historia.

La historia posterior de América Latina quedó marcada por la forma como se resolvió esa polémica: aunque la razón intelectual de Las Casas y su teoría de que el indio es un ser racional salió vencedora, en el campo político las cosas se resolvieron haciendo que el indio se sintiera perteneciente a una *raza* física e intelectualmente inferior. Esta discusión aportó a la elaboración del Derecho de Gentes y del Derecho Internacional y en ese sentido sigue siendo vencedora teórica esa posición, pero en la práctica todavía hoy el desconocimiento del pleno derecho de los pueblos pobres de América Latina representa y recuerda la derrota política sufrida por los defensores del indígena. Ambas teorías siguen vigentes en América Latina con intereses diversos: unos en la búsqueda de la identidad del hombre latinoamericano, otros en el proyecto de su desconocimiento. Para los primeros el elemento central de su argumento los llevaba, como consecuencia, a proclamar la necesidad de la separación entre evangelización y conquista, para los segundos existía el interrogante sobre si se justificaba el esfuerzo evangelizador. La espada y la cruz fueron signos de este proceso.

Sin embargo fue la presencia de la Iglesia la que permitió esta primera afirmación de la identidad del hombre nativo latinoamericano y la obtuvo no sólo gracias a la elaboración de una tesis teológica, sino ante todo gracias a una acción permanente que tuvo sus manifestaciones en la inserción sacramental de los indios y en instituciones como los hospicios, misiones, escuelas y en la nueva organización social en general. En estas actitudes se fue construyendo la *vocación cristiana y católica de América Latina* profundamente marcada por la caridad. La evangelización realizada en esta fase se caracterizó por unir la dimensión sobrenatural del anuncio del mensaje de salvación y la promoción humana. En este sentido es importante recordar las homilias de Fray Antonio de Montesinos sobre el derecho natural y la teoría de Santo Tomás y el derecho de gentes: con ello denunciaba que los pueblos estaban sometidos a la muerte temprana bajo el dominio de la codicia del oro.

Esta realidad marcó los procesos de evangelización y de inserción de los hombres de este continente a la Iglesia. El proceso estuvo marcado por luces y sombras, y en él fue definitivo el deseo de España y de Occidente de dominar y de ampliar sus riquezas; la religión y la Iglesia fueron utilizadas en muchos casos como arma ideológica para someter al indígena: una larga historia de martirio llevó a los pueblos latinoamericanos a sufrir el desconocimiento de su cultura y de su capacidad creativa; martirio sufrido por la explotación y la esclavitud y martirio sufrido por la imposición de patrones de comportamiento ajenos. En medio de esas sombras del proceso se conformaron los primeros grupos de hombres comprometidos por la promoción humana, a ellos Puebla los califica de "intrépidos luchadores por la justicia, evangelizadores de la paz", quienes compartieron con el indígena la resistencia frente al encomendero y al conquistador aún con la propia vida, como es el caso del Obispo Antonio Valdivieso y con su compromiso como

Antonio de Montesinos, Juan de Zumárraga, Toribio de Benavente "Motolinia", Vasco de Quiroga, Juan de Valle, José de Anchieta y otros, ellos cuestionaron el hecho de que se sirvieran del cristianismo para justificar la servidumbre.

A partir de este proceso de martirio y de vida, de luces y sombras, ha sido necesario recorrer un largo camino en la búsqueda de la identidad del ser católico latinoamericano. En ésta búsqueda de identidad la conciencia de pertenecer a este pueblo ha llevado a interrogarse sobre los valores propios que le dan originalidad, que le permiten aportar frente a los elementos que vinieron de fuera, aún frente a la fe. Quienes actuaron en este proceso lo hicieron como hombres de acción, con la convicción de que era necesario unir la práctica de la promoción humana y del compromiso social con la fe y con la doctrina. El Papa Juan Pablo II el 12 de octubre de 1984 habló en Santo Domingo de este proceso de "autoconciencia" como uno de los desafíos de la Nueva Evangelización que debe despertar la memoria del pasado y llevar al pueblo latinoamericano a asumir la evangelización en el presente con una "lúcida visión de sus orígenes y actuación". Ese proceso, fundamental en una auténtica promoción humana con dimensión histórica, nos llevará a resolver adecuadamente los "retos del momento", y a plantear los desafíos para la evangelización y promoción que nacen de "una mirada hacia el futuro".

Podemos decir con toda claridad que América Latina enriqueció el contexto católico universal desde el primer momento. Se trataba de todo un continente en proceso histórico de formación a nivel nacional, cultural, político e incluso religioso. En este proceso es de vital importancia el asumir nuestro mestizaje racial y cultural y sobre él construir la unidad de pueblo y nación latinoamericano. Ese mestizaje coloca problemas que el pensamiento cristiano tiene que abordar hoy para descubrir la clave de cómo ser originales sin afirmar una cultura para negar la otra, con la conciencia de que si no somos consecuentes con nuestro pasado y nuestra triple herencia indígena, occidental y africana, nos negamos a nosotros mismos. Sobre todo, el trabajo de promoción humana no puede olvidar y encubrir, en nombre del mestizaje, las diferencias y particularidades de los pueblos y hombres que viven en América Latina porque ello conllevaría a un trabajo abstracto de espaldas al carácter pluricultural del continente. Finalmente la tarea es asumir nuestro pasado con todas sus implicaciones y expresiones, incluida la dependencia y con visión autocrítica del papel jugado por los cristianos.

Este proceso, de dar una visión histórica al trabajo de promoción humana nos deja tareas urgentes: una es asumir el hecho de nuestra herencia europea, el proyecto de superioridad y discriminación con el cual occidente se lanzó a la conquista de nuestro mundo, para poder afirmar la conciencia de nuestra propia humanidad y así superar el complejo social de inferioridad y finalmente interpretar y reasumir el proyecto de nuestra relación con occidente y la dependencia que ha marcado nuestra historia. La promoción humana ha evolucionado en el continente a medida que se han ido comprendiendo estas urgencias de superación y de afirmación de nuestra identidad.

El continente ha vivido a partir de estos hechos etapas que es necesario retomar y que hoy tienen plena vigencia frente al V centenario y a la convocatoria a la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano que se reunirá en Santo Domingo.

En estas etapas la unidad y diversidad del continente se ha reflejado en la unidad y diversidad de la reflexión eclesial y de las prácticas frente a las realidades sociales. Hoy lo importante es asumir este momento del continente, con visión histórica, como ocasión para colocarse ante el futuro y para reflexionar sobre el sentido de los compromisos que se deben asumir.

3. LOS SABERES EN EL PROCESO HISTORICO

Las primeras reflexiones latinoamericanas en el terreno de la promoción humana se originaron en la discusión sobre la humanidad de los indígenas. A partir de ese momento se ha desarrollado una larga cadena de aproximaciones y tomas de posición frente a la realidad social del continente que es necesario conocer para abordar la dimensión actual del tema de la promoción humana y su novedad en el conjunto de la tarea evangelizadora. La relación entre fe y sociedad está "escrita" en gran parte a lo largo de estas reflexiones y en la forma como las comunidades han vivido y padecido la historia.

El origen de una reflexión teológica moral y social propia de América Latina no es identificable con un proceso o con un personaje concreto de la historia de esta Iglesia. Lo cierto es que este origen está estrechamente relacionado con las respuestas que las comunidades han dado frente a la situación política y de organización social existentes en América Latina.

Existe un saber teológico venido de Europa que se ha transmitido de generación en generación. Desde el principio hubo una tradición teológica y pastoral que en la Colonia fue asimilada por un grupo de estudiosos y de jerarcas. Al mismo tiempo el pueblo fue creando su asimilación de la fe y en muchos casos un sincretismo con formas de expresión espiritual y de vivencias religiosas y culturales que estaban vinculadas con el pasado indígena. Las enseñanzas clásicas de la teología iluminaron durante siglos el quehacer de la Iglesia y asumieron el reto de integrar los fenómenos en los cuales el pueblo formó la identidad de una cristiandad primitiva indiana, y vio en los símbolos como las apariciones de la Virgen de Guadalupe la expresión de sus sentimientos internos. Así se formó al lado de la religiosidad popular un sentimiento, una virtud, que está en la base de la promoción humana que las comunidades cristianas han realizado en el continente: la solidaridad.

Este proceso tuvo delante de sí el reto de asimilar las consecuencias del impacto cultural de la llegada del hombre europeo con su proyecto colonizador,

la situación del indígena con su indefensión jurídica y política y con la expropiación económica que vivió, y finalmente la situación de los africanos venidos a América marcados por el comercio de la economía esclavista.

Los misioneros jugaron un papel central dentro de este proceso por haber introducido diferentes formas de asistencia social y de promoción humana vinculadas a las expresiones culturales, económicas y organizativas de las comunidades. Grandes expresiones culturales nacieron en torno al trabajo catequético y a las celebraciones litúrgicas: la creatividad jugó allí un papel importante. Las iniciativas como las misiones jesuitas y de otros órdenes crearon un ambiente en gran escala para la promoción humana.

4. PODERES, CRISIS, COMPROMISOS Y DISTANCIAMIENTOS

La época de la colonia exigió que se definieran las competencias y jurisdicciones políticas y luego también eclesiásticas. Inicialmente el patronato había dispuesto que la autoridad real se ejerciera también sobre la organización eclesiástica en el cobro de diezmos y en la administración del personal consagrado. En esa época nacieron las primeras estructuras de la Iglesia en América Latina. Los efectos de estos hechos hicieron que al interior de la Iglesia se fuera dando una toma de posición que en muchos casos significó la sumisión de estas estructuras al poder de la corona Española, aunque no se fundieran por el patronato el poder civil y el eclesiástico.

Alternaron grandes esfuerzos misioneros con una creatividad extraordinaria para asumir la realidad de los pueblos de América Latina con formas de despojo de la riqueza del pueblo latinoamericano y de sumisión al poder civil. Ambas tendencias influyeron en la relación entre comunidad cristiana y poder político durante ésta época. Tal vez vale la pena resaltar la dinámica evangelizadora y la creatividad de los misioneros que emprendieron la tarea de establecer diferencias entre la colonización y la evangelización.

La época de la emancipación en América significó un momento de grandes discusiones en el interior de la comunidad cristiana dividida por posiciones y politizaciones a favor del realismo o del republicanismo. Tensiones y rupturas en la Iglesia marcaron su posición en las nacientes repúblicas: algunos personajes jugaron un papel positivo como Simón Bolívar quien logró suavizar la posición de la Santa Sede por medio de sus contactos y de sus viajes. Los problemas de *dependencia-independencia* jugaron un papel muy importante en la elaboración del pensamiento religioso y de esa época. Hoy esa temática se ha transformado en la reflexión sobre la relación *dominación-liberación*. Más que una verdadera teología lo que se dió en principio alrededor de estos temas fue una elaboración y reflexión sobre circunstancias concretas con un transfondo de método y de aproximación teológicos.

En medio de esas circunstancias políticas las comunidades cristianas se vieron purificadas por la pérdida del tipo colonial de relación y dependencia con el poder y el surgimiento de un nuevo tipo de presencia dentro de la comunidad civil. La práctica de las comunidades siguió marcada durante el siglo XIX por las tendencias que representaban quienes buscaban una ruptura con la tradición cultural española y quienes consideraban que los valores españoles hacen parte de la identidad católica y latinoamericana.

El proceso de las relaciones durante el siglo XIX y XX con la mentalidad y la práctica liberal y positivista trajo retos políticos, ideológicos y sociales de gran importancia para las comunidades cristianas. La mentalidad positivista en el poder proclamaba el mito del hombre blanco y del racionalismo llegando a ser tan fuerte que el tipo español, latino y la mentalidad católica fueron subestimados. La *leyenda negra* se alimentó de estos prejuicios. En la práctica se deseaba demostrar que el desarrollo de la civilización en América Latina tenía un obstáculo en la herencia católica y española. Muchos análisis antihispanistas buscaban establecer la comparación entre la colonización *sajona* en norteamérica y la *hispanolusitana* en el sur. En la práctica la tendencia del Estado fue a mantener un discurso europeizante que proclamaba el progreso y la técnica al servicio de la civilización, mientras la situación social y económica de las masas desposeídas continuaba sin solución: el nuevo proyecto liberal y positivista miraba hacia el hombre blanco pero ignoraba el indígena, al negro y al marginado.

Para analistas de la época como Juan Agustín García, con su libro *La ciudad indiana*, la concepción cristiana basada en el amor y la fe había sufrido una crisis en América Latina y había perdido su nobleza de la edad media al confundirse en estas tierras con una empresa de explotación humana y territorial.

En este contexto la concepción ideológica dominante hizo ver como una amenaza para la estabilidad política la presencia de la Iglesia y su red de organizaciones de asistencia y promoción. Al intentar reducir la fe al ámbito de lo privado, la acción de la Iglesia fue obligada a convertirse en filantropía y se le quitó progresivamente el sentido de elevamiento de la condición humana y social de un pueblo.

Las comunidades cristianas inician allí una larga búsqueda de un nuevo tipo de acción con resonancias sociales y con un proyecto en el cual se posibilite la participación humana en el amor trinitario. Este proceso de búsqueda se intentará en distintos tipos de experiencias, hasta que el surgimiento de la Doctrina Social de la Iglesia recoja esas experiencias y abra nuevos horizontes.

Allí se dan testimonios de compromiso social que hacen que no se pueda negar ni en la colonia ni en el período republicano una corriente de la Iglesia que asumió las tareas de promoción humana y cristiana representada por personajes y comunidades comprometidos en la construcción de relaciones sociales basadas en la solidaridad con los pobres y los marginados del sistema social.

Las ideas reinantes a partir de la emancipación del poder español, hicieron entrar a América Latina en una lógica cuyo objetivo central era comerciar, obtener materias primas, transformar productos y obtener ganancias. En ese contexto la nueva mentalidad europea que llega a América Latina y su forma de organización política crea un ambiente en el que no importa la reivindicación social de los grupos marginados sino los negocios y las ganancias de las grandes compañías comerciales. Se atenúa el interés del Estado por la relación con un proyecto evangelizador y éste aparece con una visión más pragmática y racionalista. Se introduce el afán por la civilización y el progreso; la técnica desplaza el interés por el pensamiento humanista. La conciencia cristiana debe afrontar en muchos casos el rechazo de las instituciones estatales que en nombre del antidespotismo cuestionan su presencia. Se abre paso un nuevo tipo de colonialismo europeo, una nueva forma de dependencia y un nuevo tipo de relación de las comunidades cristianas con la situación social y la política institucionalizada.

En nombre de este pensamiento civilizador se había generado desde la emancipación un proceso de crítica a la colonización española y portuguesa; se comenzó a hablar de los derechos de los hombres y de los pueblos, se lanzaron gritos de libertad desde todos los ángulos, pero este discurso carecía de un proyecto alternativo frente a la dependencia económica y a la explotación. Paradójicamente los movimientos con mayores raíces populares quedaron como *revoluciones inconclusas*. Este discurso tuvo consecuencias políticas y sociales en la era republicana del siglo XIX: hacer que los pueblos se quedaran en el estado en que se encontraban sin poner trabas al comercio de las grandes metrópolis, a sus intereses y a la explotación. Se impuso una situación en la que no se incorporaron estos pueblos al proceso vivido en Europa en nombre de una proclamada libertad que sólo benefició a los comerciantes de la metrópoli. Quedamos teóricamente libres pero dependiendo de la economía de la metrópoli en la venta de los productos y en el consumo de lo que sus industrias producen. La única forma de incorporación posible fue por medio de la producción en beneficio de los nuevos colonizadores.

En este contexto aparece un contraste entre la forma cristiana de entender al hombre y de pensarlo, y la antropología occidental del momento que asume el estudio de los hombres y de las culturas dentro de los parámetros de su relación con el hombre civilizado occidental. Tomados como una especie rara, objeto de estudio, los latinoamericanos y allí las comunidades cristianas, comienzan a tener conciencia de su atraso y de su dependencia, una conciencia tan débil que no alcanzó a generar alternativas frente a la incorporación en términos de explotación dentro del nuevo contexto internacional.

La historia de América Latina ha estado siempre vinculada a la presencia de la Iglesia. De esta forma la organización política y estatal no ha estado excluida del influjo del pensamiento cristiano. La historia reciente de las repúblicas puede marcar un indicador de lo que significa la acción de la Iglesia en el continente Latinoamericano. Durante el siglo XIX la Iglesia jugó un papel en la conformación

de los Estados Nacionales en América Latina. Ella fue el elemento integrador, unificador y constructor de las jóvenes naciones. Ninguno duda hoy en afirmar este papel positivo jugado por la Iglesia en las primeras prácticas del Estado en nuestro continente. La conformación de los Estados Nacionales y la concepción jurídica que los acompañó tuvo en muchos momentos y sitios una clara influencia de la doctrina cristiana sobre la sociedad y el hombre.

En medio de este vacío de pensamiento humanista y de análisis social era muy difícil que se produjera prácticamente de cero una reflexión teológica que respondiera plenamente a los retos que mostraba el pensamiento civilizador. Se multiplicaron las posiciones eclesíásticas de condena frente a los esquemas de pensamiento deshumanizante, se generaron múltiples movimientos sociales en los cuales el clero y las comunidades asumieron su propia presencia, nació una nueva actitud frente al Estado y a la nueva colonización, pero en las diferentes formas de pensamiento reinaba una pérdida de la vitalidad y de la dinámica que por fuerza se expresó en las reflexiones eclesíásticas.

Finalmente la opresión asfixiante de muchos gobiernos republicanos frente a la Iglesia la llevó a perder "gran parte de sus bienes y de su influencia en los altos niveles de decisión", pero la llevó también en forma paralela a purificarse y a salir adelante de la prueba.

5. NUEVAS CIRCUNSTANCIAS HISTORICAS EL SURGIMIENTO

La historia del pensamiento "auténtico" latinoamericano y su inicio tiene que ver con la conciencia progresiva del pasado, de los efectos de los proyectos colonizadores que vinieron de fuera de América Latina, con el análisis de las transformaciones y dependencias a todos los niveles, incluso en el nivel cultural. De esa conciencia sale una antropología que nos habla del hombre latinoamericano, que ha protagonizado y sufrido esta historia y también de allí nace una sociología, una filosofía y una reflexión teológica sobre esta historia.

El impacto de la expansión occidental creó en el hombre latinoamericano y en las comunidades cristianas la búsqueda de una identidad cultural y nacional propia. Esta necesidad la vivieron los indígenas conquistados, los negros esclavizados, los criollos y mestizos. Las comunidades cristianas formadas por todos estos grupos humanos emprenden esa tarea al unísono con toda la sociedad latinoamericana y con quienes reflexionan y actúan dentro de ella.

Durante este siglo en toda América Latina creció la actividad intelectual, económica, estética y universitaria. Esto hizo que aparecieran interrogantes, inquietudes sobre los nuevos problemas sociales. Al mismo tiempo se aceleró la problemática de la urbanización y de la pobreza colectiva. En este contexto nacen

las urgencias de respuestas pastorales y de reflexiones teológicas que iluminen nuevas tomas de posición.

Indudablemente que el auge de ideologías occidentales llegadas a América Latina como respuesta a estos problemas, tales como el marxismo y las corrientes socialistas o ideologías que justificaban la situación desde ciertas interpretaciones positivistas, hicieron que surgieran opciones frente a los problemas planteados y en muchos sectores de la Iglesia se buscó asimilar estos discursos. Asimilación que creó tensiones y conflictos al interior de la comunidad y de la jerarquía.

En principio se repitieron simplemente los textos que comienzan a recibirse de Europa con documentos críticos que invitan a reflexionar sobre las relaciones con el poder político y a presentar alternativas, acciones en consonancia con las necesidades populares inmediatas. Se trataba de textos que daban las soluciones descubiertas en Europa y los movimientos históricos que allí se estaban generando.

En este contexto aún la tarea académica se entendía como repetición de un saber totalmente elaborado y terminado, cuya comprensión no se dió totalmente porque no se había hecho una reflexión profunda propia sobre el origen y la forma de la elaboración de estos textos.

En este período fueron creadas en América Latina las Caritas por la cooperación de Caritas Internationalis y con una mentalidad que obedecía a la óptica con la cual actuaban en ese momento las Caritas Europeas: la *acción caritativa*. La historia del continente fue propicia para que se confundieran entonces *acción caritativa* con *acción asistencial* y fue esta modalidad la que primó en un momento inicial.

6. RENOVACION Y PROMOCION HUMANA

En América Latina la elaboración de textos teológicos que respondieran a las necesidades populares y a los problemas políticos fue abriéndose paso poco a poco, desde las cartas pastorales en las que se condenaban las ideologías reinantes hasta el momento en que el Concilio Vaticano II abrió una nueva época y caminos para la renovación eclesial. A este Concilio, de América Latina "asistieron 601 Obispos participantes frente 849 europeos...La confrontación entre la Iglesia europea y latinoamericana se hace inevitable, siendo el carácter predominante de nuestros obispos su condición de pastores".

A partir de ese momento comienzan a tomar fuerza en la Iglesia Latinoamericana dos movimientos: por una parte la necesidad de comprender el pensamiento teológico contemporáneo y por otra la necesidad de avanzar a saltos para asumir los avances del análisis social existentes sobre la realidad del continente. Existía un grupo que comenzaba a elaborar un pensamiento angustiando frente a la

necesidad de comprender a fondo, en sentido estructural, la problemática del pueblo, sus necesidades y ambiciones. En ambos casos se experimenta la necesidad de superar la incomprensión que nacían no de la falta de presencia histórica en el continente o de desinterés por el pensamiento contemporáneo, sino de que no se tenían las herramientas e instrumentos técnicos para abordar ese tipo de problemáticas.

En el Concilio los Obispos se dieron a la tarea de asumir esos retos y los animó en particular la Encíclica con la cual Paulo VI clausuró esa etapa: la *Populorum Progressio* publicada en 1967.

La renovación pastoral e intelectual de la Iglesia latinoamericana se comenzó a recorrer sobre la base de asumir el conocimiento de las raíces del pensamiento social de la Iglesia y las nuevas condiciones de vida del continente. Para lograr ubicarse ante el primer reto fue necesario emprender de nuevo el camino hacia la lectura y comprensión de la Sagrada Escritura y de la patrística con sus implicaciones políticas y sociales; para el segundo, fue necesario revisar y analizar la práctica de la presencia de la Iglesia en el continente. Se pasó de una noción vaga del conjunto de problemas que conllevaba el pertenecer a una región del mundo históricamente dependiente y marginada, a la conciencia de que era necesario abordar las alternativas frente a esa dependencia internacional y frente a la injusticia reinante en los países.

Las luchas de los pueblos de América Latina fueron más fuertes en ese momento posterior al Concilio y comenzó a crecer y a desarrollarse un movimiento contestatario alimentado en muchos casos por el marxismo y con raíces definitivamente urbanas. La experiencia cubana había hecho un efecto demostrativo de la posibilidad de crear otro tipo de sistema social en el continente. Las guerrillas en varios países comenzaron a hacer un tipo de política informal y a crear estados paralelos. Había grupos de cristianos que se acercaban a los movimientos guerrilleros porque encontraban en ellos la respuesta a su búsqueda de una sociedad más humana: cada día era más urgente una formación científica para abordar el acompañamiento de las comunidades cristianas desgarradas en medio de las luchas políticas.

7. ANTE LA INJUSTICIA INSTITUCIONALIZADA

En este período se reúne la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Medellín: El tema de Medellín marcó huella profunda: *La Iglesia en la transformación de América Latina a la luz del Concilio*. Los Obispos, a nombre de sus Iglesias, en unión con el Papa y el Concilio, proponen una Iglesia al servicio de todos los hombres, especialmente de los más necesitados.

Medellín, proyección y aplicación del Concilio para América Latina, dió

muchas luces, generó grandes optimismos y esperanzas y, eventualmente, como el Concilio mismo, dió lugar a diversas interpretaciones. Su impacto, sin lugar a dudas, ayudó a dar gran vigencia a la renovación conciliar en todo el continente” (Prima Relatio de la preparación de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano).

Existe la conciencia clara en este momento de que para dar una respuesta acorde con la situación y con el Magisterio eclesiástico es necesario conocer en forma científica la realidad, con visión pastoral y recibir los aportes de las elaboraciones teológicas universales y los elementos que brindan las ciencias sociales. Se comprende que para asumir en profundidad el reto de la opción por los pobres y lograr un verdadero *desarrollo integral*, había que realizar planes en mayor escala y elaborados con una visión interdisciplinaria que ayudara a los hombres del continente a *ser más* en todos los planos de la realidad humana.

Así se fueron gestando las condiciones para que surgiera una reflexión de fe sobre la realidad social contemporánea latinoamericana y una pastoral consecuente con esta reflexión: la pastoral social. El proceso fue largo y vivido en una tensión dinámica de aportes y críticas. Se daba un paso adelante frente a quienes conocieron los primeros brotes de esta reflexión y se enamoraron del quehacer teológico y su reflexión sobre la realidad social y quienes comenzaron a pensar como católicos latinoamericanos fieles a la Iglesia y a la realidad de su pueblo.

Fieles a ambas cosas, porque comprendían auténticamente el sentido de ser católico y el reto de estar en América Latina. Se trataba de asumir los grandes problemas de la injusticia institucionalizada, de las violaciones a los derechos humanos y de los pueblos y la miseria, de la misma manera como habían sido capaces de plantearse sus retos históricos en Europa. La meta es hacer una reflexión teológica viva, emergida desde las circunstancias históricas latinoamericanas: pensar y repensar como cristianos en América Latina y encontrar soluciones a nuestros problemas, con nuestros recursos, conocer y vivir intensamente los procesos de promoción humana que se viven en el continente. Se descubría la necesidad de emprender una acción pastoral con implicaciones sociales y con expresiones comunitarias tales que se generara el cambio de mentalidad social y se pudiera aportar al surgimiento de un mundo más humano y cristiano.

Las circunstancias históricas en que nace esta reflexión dieron origen también a nuevas posturas pastorales y eclesiológicas de crítica frente a los abusos del poder político y económico. Existían inevitablemente dudas sobre si este nuevo proyecto no conllevaría a una ideologización sistemática de la fe; en este terreno existieron muchas discusiones siempre con la seguridad de que una toma de posición auténticamente latinoamericana tendría que superar esa malformación. El proyecto de construir una patria común mejor para todos los latinoamericanos tenía que hacer que los ojos se colocaran en el futuro y que se superara el resentimiento frente al pasado, frente a occidente y frente a Europa. Allí nació el reconocimiento de que

somos dependientes pero que el futuro tiene que construirse sobre la base de la superación de esa dependencia con el aporte de todos, muy especialmente de las comunidades cristianas. Estas sin ánimo triunfalista comenzaban a ubicar su papel y su identidad frente a ideologías y a otros proyectos. La unidad en torno a esta meta quitaba las tensiones originadas en el temor a la politización e ideologización de la fe e impedía que la comunidad católica se fraccionara inevitablemente en dos grupos.

El temor a las ideologizaciones conllevaba el planteamiento de un reto sobre la capacidad histórica de los latinoamericanos de hacer algo original, una verdadera creación espiritual que nos saque de la condición de repetidores de los europeos y de sus propuestas políticas.

Ese temor y el reto que se presentaba a los pensadores y pastoralistas latinoamericanos de aportar algo propio a la Iglesia Universal, de dar soluciones concretas a los problemas que se estaban presentando, dió origen a dos o tres formas de abordar el problema. Para unos se trataba de hacer una reflexión teológica y práctico-pastoral como se hacía en Europa, partiendo de grandes temas como la pascua, los pobres, la liberación y a partir de allí hacer aportes a la reflexión universal sobre problemas sociales con dimensiones y urgencias especiales en América Latina. Para otros se trataba de pensar los temas como la liberación, los pobres y la dependencia en América Latina y desde América Latina. Un tercer grupo hacía énfasis en la necesidad de asumir la riqueza espiritual del pueblo latinoamericano en este proceso.

Todo esto tenía implicaciones en la manera de asumir el poder y la política, con tendencias más marcadas hacia la participación en un cambio de estructuras o hacia la reforma de las estructuras existentes. Se abría paso la necesidad de un compromiso social y político de los cristianos pero muchas experiencias cuestionaban el acompañamiento de estos grupos que habían sido animados para asumir una tarea de crítica al sistema y de cuestionamiento de las estructuras del estado y del poder y que en ciertas circunstancias terminaban generando un compromiso parcial, vinculado a los intereses de grupos reducidos de la sociedad.

8. POLITICA Y EVANGELIZACION

La publicación de la encíclica *Evangelii Nuntiandi* del Papa Paulo VI trajo una serie de aportes a las reflexiones que se hacían en América Latina y dió el marco global al tema que trató la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano: *La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina*.

Este período fue muy rico en América Latina. La discusión previa a la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano reunido en Puebla en 1979, desarrolló esta dinámica de confrontación sobre si la opción por los pobres exigía

en forma urgente una crítica a las ideologías desde el punto de vista de las implicaciones de la fe o si el énfasis debía colocarse en el plano de la lucha contra la injusticia y en la denuncia de la situación de los pobres. La discrepancia, en mi criterio, se sitúa en que para unos el problema de la injusticia del continente latinoamericano exige prioritariamente la adopción de un distanciamiento frente a esquemas políticos importados para no incurrir en un compromiso antieclesial y contrario a la cultura del mismo pueblo latinoamericano; mientras que para otros el problema está en que el compromiso con la justicia y con el pueblo creyente exige opciones y tiene implicaciones prácticas en las que hay que asumir la relación con grupos que predicán ideologías para poder ofrecer alternativas frente a la injusticia y los discursos que justifican la opresión.

Aunque parezcan totalmente irreconciliables estas posiciones, lo que impidió que la Iglesia se sumiera en una crisis que la condujera hasta la ruptura fue el hecho de que existía una meta común: hacer efectivo el Evangelio en la nueva realidad latinoamericana. Ambas posiciones se encontraron en la Conferencia de Puebla y la comunidad cristiana se enriqueció de la confrontación en el momento en que Nicaragua adoptaba un camino de cambio con amplia participación de sectores cristianos y en principio de la misma jerarquía.

El período posterior a Puebla fue de maduración porque la Iglesia en el continente fue descubriendo cada vez más el horizonte de la opción por los pobres como un camino saludable para todos. La Pastoral Social se consolidó como la respuesta frente al llamado de Cristo de hacer presentes los valores del Evangelio en todas las realidades sociales. Se llegó a una constatación: "Se debe reconocer, ante todo, que la Iglesia ha conocido sus mejores momentos cuando se ha hecho solidaria con los pobres, con los marginados, con los vencidos... Para una Iglesia llamada a ser libre y profética, siempre será necesario discernir con lucidez las consecuencias de sus relaciones con los Estados, las ideologías y los distintos estamentos de la sociedad" (Prima Relación de la preparación de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano).

Existe la conciencia clara en un gran sector de la Iglesia de que el ser latinoamericanos nos exige asumir la riqueza de la Iglesia Universal, más aún los valores que nos vienen desde la reflexión que se hace en Europa y continuar reflexionando desde América Latina con sentido de compromiso frente a los grandes problemas de nuestra realidad.

9. 500 AÑOS DESPUES

En la etapa actual el CELAM ha emprendido la tarea de preparar la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Vale la pena recordar que el Consejo Episcopal Latinoamericano -CELAM- es un organismo creado en 1955 para servir a la Iglesia en América Latina y a su unidad. "Las Conferencias Generales no son propiedad del CELAM, son encomienda recibida del Santo

Padre. El es quien aprueba su celebración, señala el tema de reflexión, las convoca y aprueba sus respectivos documentos”.

La preparación de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano se ha realizado en dos fases: la primera luego de que se tuvo una primera respuesta de la Santa Sede en torno a la posible celebración de otra Conferencia a los 10 años de Puebla y con motivo del V Centenario. En ese momento se elaboró un texto que circuló en los países; “Elementos para una reflexión pastoral en preparación de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano”.

Finalmente fue el Papa Juan Pablo II quien definió el tema de la Conferencia el 12 de diciembre de 1990: “Nueva Evangelización - Promoción humana - Cultura Cristiana” - “Jesucristo ayer, hoy y siempre”.

Esta temática de la IV Conferencia llama la atención sobre tres aspectos: el primero obedece al acontecimiento del V Centenario de la Evangelización y coloca la meta: Nueva Evangelización. El segundo aspecto apunta hacia la temática tratada en el Documento de Medellín y continuada en Puebla: la situación de injusticia y la búsqueda de alternativas y la tercera vuelve a ubicar en el centro de la reflexión un tema que en Puebla ocupó un sitio privilegiado en las discusiones y elaboraciones: la cultura y su relación con el tema de la evangelización. Este último aspecto llama la atención sobre los retos que el mundo actual coloca a la Iglesia, en la transformación de la mentalidad, de las concepciones de la vida; y también hace un reclamo a la actitud histórica asumida frente a los grupos étnicos, a las minorías, frente a las culturas autóctonas y a sus manifestaciones religiosas.

Al colocar en la temática de la IV Conferencia General el asunto de la promoción humana se ubica una vez más el compromiso con los pobres dentro del *espíritu de la evangelización*. Es un acierto indudable afirmar que para hablar de una Nueva Evangelización en el continente latinoamericano, para ofrecer la luz de Cristo al hombre de hoy es necesario identificar las actitudes y acciones que lleven a la realidad social esa luz.

Algunas líneas de esta promoción humana urgentes hoy en el continente son las siguientes:

* Evangelización de las relaciones sociales. El significado de esta expresión nos lleva a comprometernos en el surgimiento de una nueva mentalidad y práctica social en la cual exista auténtica solidaridad con la vida, con los pobres y con el pueblo latinoamericano.

A las puertas de la celebración del V Centenario de la Evangelización del continente se hace urgente que los cristianos asumamos un nuevo método en la evangelización de las relaciones sociales y políticas dentro de las posibilidades que nos ofrece hoy la organización social y el Estado de Derecho y de acuerdo a las necesidades del pueblo pobre en América Latina. Un nuevo método basado en la

práctica de la participación consciente de todos, en la responsabilidad social, en el testimonio de vida de los cristianos y en la verdad, la libertad, la justicia y la solidaridad.

Todo invita a colocar los esfuerzos y creatividad de la Iglesia en América Latina al servicio de la evangelización de las nuevas relaciones que nacen en el continente dentro del Estado de Derecho, la democratización de la vida social y el ejercicio de la economía al servicio del hombre. La evangelización de las relaciones sociales exige que se ponga en movimiento la búsqueda de realización de proyectos de sociedad acordes con la concepción evangélica y que asuman la construcción de la civilización del amor. Conservando la identidad del papel que corresponde a la jerarquía dentro de la búsqueda del bien común y a los laicos dentro de su compromiso en las organizaciones temporales, la tarea de evangelización y humanización de estas relaciones lleva a que se fortalezcan los mecanismos de animación de las iniciativas para construir una sociedad latinoamericana más justa y acorde con el Evangelio.

- Animación de la creatividad y compromiso de la comunidad eclesial. Se trata de hacer que en toda la comunidad eclesial se reconozca la promoción humana como expresión del proceso evangelizador en un mundo pobre. De allí nace una espiritualidad de la promoción humana y un compromiso en la Nueva Evangelización. Los métodos y las expresiones de este proceso han de estar en consonancia con la participación de las comunidades en la identificación de sus necesidades, en la creación de organismos de solidaridad y en la ejecución de tareas que lleven al bien común. Al interior de cada comunidad cristiana es muy importante que se viva la caridad y la fraternidad como esfuerzo para que todos "sean más".
- Compromiso con la nueva sociedad. Se trata de la presencia en el mundo que está naciendo: en las estructuras de integración latinoamericana, tanto a nivel continental como a nivel nacional; presencia en la búsqueda de mecanismos que conduzcan hacia la democracia y la participación efectiva de todos. La presencia de los cristianos y de la Iglesia en la sociedad que está gestándose hará que con los valores evangélicos pueda atravesar el conjunto de la sociedad latinoamericana del futuro.

La Iglesia Latinoamericana ha emprendido un camino en el cual no aparece como yendo hacia los hombres pobres, hacia "el otro", sino que asume su situación, vive con él la proclamación del mensaje evangelizador y liberador y se compromete con su historia, actúa con él, construye con él y desde su situación la comunidad. Se trata de entrar de nuevo en la historia. La primera vez fue hace 500 años como receptores de los conceptos de occidente y dependientes de su organización social y económica, hoy se trata de entrar en la historia universal como hombres, sujetos de nuestra historia y constructores de nuestro destino. Para lograrlo hoy más que nunca es necesario inventar en América Latina, descubrir horizontes y asumir la herencia del mestizaje como opción para construir la nueva historia.